Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 29 Article 25

1989

El cigarrillo

Antonio Planells

Citas recomendadas

Planells, Antonio (Primavera 1989) "El cigarrillo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 29, Article 25.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss29/25

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

ANTONIO PLANELLS

El Cigarrillo

A Enrique Anderson-Imbert

Salmán era un hombre de mediana estatura, más bien delgado y rostro de viejo búho. Su edad parecía coincidir con sus facciones. Como competente y veterano empleado de la Bolsa de Valores de Londres, conocía muy bien las sutilezas e imponderables de ese turbio arte del juego y, particularmente, la dinámica de las relaciones humanas en función de la codicia. Poseía un refinado y británico sentido de la ironía, la que usaba con precisión para escabullirse o pasar desapercibido. Era habilísimo en el manejo del diálogo profesional cotidiano y su estrategia consistía en saber contestar una pregunta con otra, dejando a su interlocutor indefenso y confundido. Semejantes dotes no eran pasadas por alto por sus subordinados, sus iguales y sus superiores. Todos ellos tenían algo en común: le temían. En el trato diario — entre reservado y convencionalmente cortés — se escondía el deseo de que la tierra se lo tragara o que un rayo lo convirtiera en pretérito anterior.

Con el escaso tiempo que le quedaba libre, Salmán escribía crónicas mercantiles para uno de los suplementos del *Times* y, ocasionalmente,

preparaba informes estadísticos para *The Wall Street Journal*. Su vida (o, mejor dicho, su existencia) estaba rodeada de cifras porcentuales, diagramas comparativos, tañidos de campana y gritos de energúmenos corriendo como animales de presa por el recinto de las apuestas bursátiles. En medio de tal atmósfera, Salmán iba despojándose de la poca humanidad y sentido ético que le quedaba. Habla reducido sus alternativas de sobrevivencia a sólo dos posturas simplistas: la de víctima o la de victimario.

La tarde de ese último viernes había resultado especialmente calamitosa para el mundo de los inversionistas y especuladores profesionales. Los valores bursátiles se precipitaron en forma alarmante, anticipando una posible depresión similar (o peor) a la de los años treinta. Salmán debió trabajar sobretiempo, como todos los días, pero ese viernes hubo que llamar con urgencia a clientes y colegas de todo el mundo. En el interior del edificio de la Bolsa la tensión crecía; discusiones acaloradas en los pasillos, el tecleo intermitente de las computadoras, pasos apurados en todas direcciones, el incesante chasquido de los papeles, el humo del tabaco, las tazas de café ya frío, y el mal aliento.

Salió tarde de la oficina. Tarde y solo, como de costumbre. Caminó pesadamente las primeras cuadras rumbo a su departamento. Tenía un cansancio infinito. Al cabo se detuvo ante la cigarrería del barrio. Lo sorprendió la idea de comprar una caja de aquellos cigarrillos persas que, hacía muchísimo tiempo, habían dejado de importarse. Entró al local y pidió una caja de los *Meca*, que así se llamaban. El regordete y barbudo cigarrero sonrió socarronamente y le alcanzó una de las cajas que acababan de llegar ese mismo día. Salmán se sorprendió de aquel momento de mística intuición, pero su satisfacción interior superó su extrañeza. Sonrió, recogió los cigarrillos, pagó, saludó y continuó su camino, sin percatarse de que la cigarrería cerraba, con religiosa puntualidad, a las 17 y treinta. Tampoco advirtió que los viernes ese negocio no abría sus puertas al público.

¡Al demonio con tantos detalles insignificantes! Lo verdaderamente importante era llegar al departamento lo antes posible y ponerse cómodo; sacarse la ropa rugosa y transpirada, darse un baño callente, ponerse el pijama gris, mirar el programa financiero del telenoticioso de medianoche... y, por fin, saborear plácidamente uno de aquellos singulares cigarrillos importados. Miró su reloj. Eran las 22 y cuarenta y cinco minutos. Sacó las llaves de uno de los bolsillos del chaleco y abrió la pesada puerta de calle del rascacielos Watchtower East. Al penetrar al amplio hall de recepción del edificio, dejaba atrás la noche cerrada y un viento cada vez más húmedo y frío. Tomó el primer ascensor hasta el piso 48. Al entrar a su departamento notó que el felpudo estaba puesto al revés, porque leyó WELCOME como si estuviera escrito en caracteres cirílicos. Volvió a

sonreír ante semejante ocurrencia y recordó que Derayeh le hacía la limpieza los viernes.

Se oyeron las campanadas del Big Ben proclamando oficialmente la hora de las ánimas. Salmán se apuró a sintonizar el televisor y se instaló cómodamente en el mullido sofá. La primera ráfaga de noticias no se hizo esperar:

— Buenas noches, queridos televidentes [dijo la voz del relator]. La Bolsa de Valores experimentó hoy una considerable baja y existe gran inquietud en los círculos de la banca, el comercio y la industria. El Gobierno acaba de disponer...

Salmán tomó la caja de los *Meca* y comenzó la paciente ceremonia de desenvolver el celofán. Se detuvo un instante ante la advertencia de la etiqueta roja escrita en parsi: CUIDADO, EL TABACO PUEDE RESULTAR NOCIVO PARA SU SALUD. Mientras la televisión pasaba sus acostumbrados mensajes comerciales, Salmán pensó que, después de todo, el parsi no es una lengua difícil de traducir. Una nueva avalancha noticiosa lo volvió a la realidad. Encendió un fósforo y decidió concentrarse en el comentario bursátil.

Todo sucedió con rapidez. Salmán llevó el cigarrillo a sus labios y tuvo la extraña sensación de haberse adherido un imán a la carne, pero se lo atribuyó al papel del filtro. Su primera succión se transformó en un involuntario acto de exhalar. Se inquietó; parecía como si el cigarrillo intentara darle una pitada a él. Pero eso era absurdo y hasta gracioso. Las imágenes se sucedieron incoherentemente, el sonido cesó y el canal comenzó a experimentar dificultades técnicas; la pantalla mostraba la caída de una abrillantada e intermitente nieve electrónica. Al cabo apareció el acostumbrado y ambiguo STAND BY. Salmán, con visible fastidio, intentó incorporarse pero su esfuerzo fue inútil; sintió su cintura paralizada y un intenso ardor que le subía por las piernas. Quiso respirar hondo, pero en cambio, experimentó una firme y sostenida succión. Quedó momentáneamente tieso, con el *Meca* pegado a los labios. No hubo tiempo para dar un grito de auxilio. Imposible. Demasiado tarde. Los ojos se le habían desorbitado y una blanca y delicada espuma le corría por el costado izquierdo de la boca, mientras el pecho se le hundía en espasmos cada vez más fuertes. Su horror fue total al sentirse violentamente fumado por ese cigarrillo iraní y mirarse los pies reducidos a ceniza y con el resto del cuerpo próximo a desmoronarse; en medio de una fantasmal nube de humo que se elevaba, dibujando en el aire una serie de delicados anillos concéntricos... de ese aromático tabaco persa, que ahora se instalaría en los pliegues del cortinado de la sala y en la magnífica alfombra oriental del departamento de Salmán.